

ARMANDO RUBIO HUIDOBRO

CIUDADANO

EDICION CON NOTAS PRELIMINARES
DE
ALBERTO RUBIO

EDICIONES MINGA

© Armando Rubio H.
Inscripción N° 58023
Ediciones Minga
Santiago 1983

Hijo, hermano mío por el oficio:

selecciono; ordeno tus poemas, comento algunos. Los mudabas de lugar sucesivamente en distintas agrupaciones. La última, fruto de una invitación urgente a editar, aun más provisoria a causa de la premura. Su título —“Acuarelas”— dista mucho de cubrir con propiedad todo ese conjunto: emergió de aquel diálogo nuestro —uno de los postremos— sólo para nominar tu contribución a un libro de varios autores. (1). Quisiste evitar la imprenta, retirar la copia entregada (2). Sobrevino repentina tu partida absoluta. ¡Y a tus veinticinco años!

¿Reunir los poemas en una forma próxima a la antología?

Ellos mismos se guiaron a un organismo propio. Supieron valerse e imponer su orden. Uno se adelantó de “Pórtico”, y los otros le siguieron en cuatro grupos, salvo dos que se apartaron en sendas tiendas de solitarios. Cauces de infancia enlazan el primer grupo; de adolescencia quizá, el segundo; de humor y juego, el cuarto.

(1) “Ganymedes / 6”. 20 noviembre 1980. Santiago, Chile.

(2) Después Ascanio Cavallo devolvió gentilmente la copia a Elsa Rodríguez.

Los poemas de traza amplia, desenvuelta, de madura expresión y juvenil plenitud, neto el sentir y el perfil de ciudadano en ellos, animados algunos —las semblanzas— por cierto hábito narrativo, se albergaron en el último.

En cuanto a las nominaciones tuyas: las “Acuarelas” corresponden al primer grupo; “Las Visiones de Arlequín”, “Escenas Cotidianas”, “Bufonadas”, al cuarto; “Retratos”, “Semblanzas” y “Nocturnos”, al sexto.

Nacidos en su totalidad en el curso de casi un decenio, el séptimo del siglo, tus poemas se distribuyen de modo tal que los más recientes se recogen en el último grupo. Así por ejemplo: “Fotografía”, “Renunciación”, datan de 1974; “Fragmento de un Diario”, “Biografía Anónima”, de 1977; “Hasta Cuándo...”, de 1980.

El libro ascendía bajo la especie “Poemas”. De pronto “Ciudadano” se emplaza el último y empuja su propio nombre hacia la portada para título; título que te rondara y fuera cristalización de otros tuyos de conjuntos: “De la Ciudad”, “Poemas de la Ciudad”. Se cierre ahora ajustándose a todo el libro, en especial al último grupo, e invoca el poema del cual proviene, significativo, valiosísimo en cualquier entorno literario.

ALGUNOS RASGOS

Frecuente, variada surge la imagen de la muerte en esta poesía: tierna a través de la nostalgia cuando el poeta anhela que le sobrevenga su hora entre sus padres y junto a su amada, como en una escena inserta en su pasado infantil (“Mi Hora”); presentida como un caer

del propio cuerpo (“Ansiedad”); juguetona en la placidez del “Surtidor”, aunque sobresalte; no distinta de la vida en la palidez del rostro (“Cualidad”); patética a causa del mismo tono socarrón con que se la alude en “Recordatorio”; poderosa aun en el cigarro (“Humo”); en acción en esas semblanzas que son vibrantes bosquejos de vida (“Isadora”, Biografía Anónima”); en acción final a la par del comer, beber, reír en los hombres de los bares (“Confesiones”); quizá aguardada como liberación (“La Paciencia”, Hasta Cuándo...”); también vaticinada (“Ciudadano”).

Impaciencia por la lentitud de la vida en entregar su secreto o riqueza, o por la mezquindad de su acontecer, o por sus bienes que al fin desencantan; impaciencia del andariego ante sus zapatos, instrumentos, símbolos de su propio vivir en marcha, cuya falta prefigura la pérdida del cuerpo; impaciencia ante el amor y el rodar de la Tierra, como si la raíz del desencanto bebiera a veces en la misma vitalidad del planeta y el universo (“Naípe”, “La Paciencia”, “Hasta Cuándo...”, “Ciudadano”).

¿Consiste el vivir en emplear disfraces, en tomar meras actitudes?. Si así fuera, el poeta, de buen humor, sabrá poner caras para que Dios complete su álbum familiar (“Fotografía”). Pero también lo humano le causa tristeza e impaciencia hasta exasperarlo, tal como se le revela en la presencia física, en los afeites, en la blancura de camisas evocadora de falsa virtud, en los objetos que el hombre de hoy lleva consigo, en su orgullo manifiesto, en su incomunicación y soledad. El poeta suele aborrecer en algunos las ceremonias estereotipadas de saludos y en otros la persistencia en desahogos sensuales

(“Confesiones”). Se realiza y encuentra su mejor identidad en ciudadano que, según su naturaleza, en nada se distingue de los otros, pero sí, ¡y cuánto!, según su existencia: libre, pobre, humilde él hasta proclamarse indigno de sus entrañas en “Biografía Anónima”:

Porque yo no soy digno de mi semen...

Con la erguida alegría del camino propio. Pronto a desprenderse del cuerpo como en un proceso de alivio y desapego: acepta ese final de perros vaticinado por las gitanas, señal, desembocadura de vida intensa, auténtica. Acaso el vaticinio —muerte al margen del mandato divino— rompa costra de prejuicios respecto a existencias infortunadas o reprobables según el mundo, y entrañe paradójicamente morir como Dios manda, pero situado el Altísimo más allá de los lugares comunes donde se le concibe (“Ciudadano”).

LOS PRESENTIMIENTOS

*...milagro de estar vivo y respirando
una noche cualquiera de mil novecientos
/ochenta...*

*Ese milagro cesa para el poeta una madrugada: mes
duodécimo, día sexto.*

Ninguna amenaza impulsa, de seguro, aquellas palabras en el borrador de un poema: sólo el riesgo anejo a toda vida. Sin embargo, la expresión acusa la cercanía o inminencia de la pérdida. El accidente fatal vuelve más conmovedor el aserto: retrospectivo surge como

ventana de sacrificio donde el destino inmolará a su criatura probando el certero presentir de ella —si con el poeta mismo se la identifica—. Así, Armando sobrepasa lo común en la intuición del riesgo. Barrunta la proximidad del dardo difuso. En “Confesiones” se alude a una sombra cuyo enigmático acto y escenario coinciden con el hecho real del accidente. Una araña provoca el presentimiento en otro borrador de poema:

...una mañana clara sin mi cuerpo
y esta pequeña intrusa entre mis sábanas.

La araña representa la fatalidad hasta un grado tal que, al aplastarla el poeta para conjurar su destino, lo realiza: la mancha negra en la pared deviene su propio corazón herido.

En “Ciudadano” el presentimiento se transmuta en vaticinio de las gitanas, serio y útil para el zarandeo propio en la ironía.

CIUDADANO

El desconocer la finalidad del vivir y morir; el ignorar el origen de afectos y estados de ánimo, enraíza, ramifica el contenido del poema.

Ardua la vida para el ciudadano, reprochable, quizá atroz su muerte —según el anuncio de las gitanas—, ni siquiera por sí mismas se justifican. El no sabe por qué se agrava —debe de padecer una pesadumbre más o menos constante— a cierta hora de la tarde; lo probable de la causa —la situación de pobreza, desaliño, soledad, dibu-

jada con grotescos trazos— afirma el desconocimiento. Ignora el motivo de su amistad con los perros, aunque bastaría como tal el abandono.

Una intuición singular suya: al conocer el vaticinio, pese al destino ingrato que se le augura, identifica al destino con su propia voluntad:

o sea, que no pienso morir como Dios manda.

Voluntad ignorada a cuyo conocimiento arriba sólo a través del augurio; subrepticia, ajena a una conciencia directa; libre y motora de ese destino, o bien fruto de un destino impuesto.

En las combinaciones intencionadamente grotescas de la primera estrofa, en el desparpajo casi blasfemo de la segunda, gira un aire socarrón; en la tercera, vibra un contento del ciudadano al agradecer los desperdicios de cigarros que recoge, vistos gracias a un gesto de pesadumbre, el cual le permite, además, un humilde conocimiento directo frente a los desconocimientos trascendentales:

Conozco bien las piedras de andar la vista gacha...

En la penúltima cuarteta despunta la alegría del ciudadano en el deseo del canto, pese al malogro, pues carece de voz apta; quien se halla dispuesto a emplear sus desdichas en generar en otros una risa limpia, un regocijo noble, alberga fuerza que nace de alguna profundidad gozosa.

Los desconocimientos del ciudadano pueden atribuirse a ironía suya por aparecer evidentes las causas —tácitas, o expresas señaladas como probables— de sus situaciones íntimas.

También puede acentuarse en la percepción del poema la ligereza del tono con respecto a un asunto de tal envergadura como el destino personal: contraste que funda el perfecto equilibrio interno de esta extraordinaria pieza de poesía. De ahí en el ciudadano la búsqueda de lo grotesco, sus negaciones, asertos de probabilidad enunciados como al desgaire, sin mucha atención frente a sí mismo, distraído de las causas de sus estados de ánimo, del sentido de su vida y muerte, pero en el fondo enterado de todo; su espíritu en vuelo socarrón sobre la desesperanza, en prueba de que uno vive, muere para cumplir en la propia senda su destino; y que la vida, aun en sus aspectos ingratos, se justifica por sí misma.

Notable “Ciudadano” en el entorno de la poesía hispanoamericana, a la par de poemas tales como “Lo Fatal” de Rubén Darío, “Voy a Dormir” de Alfonsina Storni, o los mejores de Carlos Pezoa Velis.



PORTICO

SEMBLANZA.

La vida y yo nos juntamos
oliéndonos como perros
que no pueden separarse
sino hasta acabar el juego.

Como perros desconfiados
nos dábamos las espaldas;
pero fuimos poco a poco
mostrándonos bien las caras.

Temeroso fui cediendo
aunque dientes me enseñaba.
Mas yo también le enseñé
mi dentadura apropiada.

Con todo su olor, la vida
me llamaba hacia el amor.
No pudimos separarnos
hasta que el juego acabó.

I

GOZO.

¿Qué hilo
sostiene a la gaviota?
¿Qué niño
en la playa la encumbra
desenvolviendo trémulo el carrete
para que ascienda
todavía más alta?

¡Padre! ¿Qué volantín es ése
que vuelve por sí solo,
y como riéndose,
con el mismo hilo me encumbra?

MONEDAS.

Engominado, pulcro,
penetro en las iglesias
altivamente cirio
con mi cara de hostia
dominguera.

Y me arrodillo,
y me confieso,
y me persigno,
y regreso a la calle
para comprar barquillos
con monedas hurtadas al abuelo.

VISITAS.

Vestidas de negro,
empolvadas las mejillas
—los domingos—.

Los sillones,
las carteras secretas,
las piernas pavorosas,
gruesas.
La charla;
me buscaban
las rugosas sonrisas coloradas:

¡Esos húmedos besos
a la hora del té
inacabable!

SUR.

Temblaba el sur entero.
La gente huía de sus casas.
Rezaban las mujeres por las calles.
Le pregunté a mi padre qué pasaba.
Blanca la cara, dijo:
— ¡Es la Tierra que danza!

ETERNIDAD.

Un tiempo mi padre
olía a tabaco,
y en sus mejillas curtidas
de oficios ajenos,
había un no sé qué
de silenciosa experiencia.

Olía a tabaco mi padre,
y yo, con mi leche y mis sopas
me encaramaba en sus brazos,
muy alto,
con la risa.

Su cabeza,
una copa desierta,
nido de pájaros
negro y revuelto;
mi mano hurgaba,
y de vez en cuando una cana solitaria despegándose
ante la risa atenta de mi padre.

LAS NUBES.

Niño,
las nubes no son de algodón;
las nubes son
el bostezo de Dios.

Niño,
las nubes no son un adorno;
las nubes
son un estorbo:
no nos dejan ver a Dios.

UN DOMINGO.

La tarde se asolea, azul,
en la plaza. Las palomas se congregan
luminosas y amargas
entre volantines y esferas
que se enredan en los cables.

Un niño llora
su gorra marinera
en la cabeza del lustrabotas.

Los hombres sueñan.
La tarde gira
en la manivela
del organillero.

MI HORA.

El corazón vuela,
brinca y palpita como un pájaro;
a veces resbala por la boca;
y nos ciega los ojos,
y allí queda, inerte ya, sin agua...

Cambiar mi corazón por una pera.
Dormir en esa hora
junto a la amada
como un niño pálido y sereno;
y que nadie se dé cuenta;
la mano de mi madre
me agregue una frazada;
mi padre allá en la puerta
apague la luz, y luego salgan.

II

MUCHACHO.

Ese viejo sentado en la vereda
entre un bosque de formas pasajeras,
que levanta una mano
pidiendo una moneda;

ese viejo que va por el camino,
echado el saco al hombro,
recogiendo basura,
encuentra con asombro
alguna vestidura;

ese viejo que va cruzando el puente
bajo el cual siempre duermen los mendigos,
y que tiene a la noche por abrigo,
¡soy yo mismo ese viejo de repente!

ANSIEDAD.

 Caminar,
caminar
por el largo pavimento
como un perro fugado
para siempre
del hogar.

 Detenerse
vacilante
en una esquina,
volver la vista
atrás.

 ¡Ah, la sed
de bordar
interminablemente
la ciudad
buscando
lo que nunca
se habrá de encontrar!

 Caminar,
caminar.

 Y acaso
de repente,
el cuerpo
caerá.

SURTIDOR.

Príncipe sonoro,
ala.

Tu reverencia delgada.

Rumorosa luz
plateada,
lengua de Dios
sediento,
huérfano niño
riente,
disfrazado de pluma o de bastón.

Te estás riendo siempre,
lanzándote a la fuente,
nadador,
buceador de la luna
y del sol.

Tú mismo te persigues,
narciso surtidor,
tú mismo eres la fuente,
el agua y el rumor
que corren por el mundo
siempre.

De pronto te sumerges,
trovador,
y quieto, como en trance
de muerte en travesura,
alargas una mano

blanca y lacia,
como si te estuvieses ahogando.

Pero luego tu risa,
nada más que tu risa,
surtidor.

DISTANCIA.

Indiferencia del mundo
y de las cosas
hacia mí;
indiferencia mía
hacia el mundo y las cosas:
mutua correspondencia.

Transito
y caigo
de pie.

La misma puerta
entreabierta
en un desierto
marchito de sol.

La gaviota extraviada
en un espejismo de mar,
abre sus alas,
yerta,
sobre el vacío de las cosas.

CUALIDAD.

Que mi rostro
siga
siempre
pálido:
así
nadie
sospechará
mi muerte.

RETORNO.

Después de años, amigo,
nos saludamos,
con taciturno gesto
de bueyes resignados.

Tú vienes del mar, de ciudades
que llenan la boca de ceniza.
Yo no he dejado de moverme en el asfalto
con un periódico antiguo bajo el brazo.

Nada ha cambiado:
te lo dirán los pájaros
y la luz de los semáforos.

Aún relampaguea nuestra risa
en los patios de la escuela,
como las monedas que arrojabas
para que las cogiera alguien
bajo un cerco de salivas.
Aún corre por los hondos pasillos.
La llevan otros, pero en los patios
se queda.

Soñabas con el mar,
con ciudades, aeroplanos, y risas
que nacían de un vaso de aguardiente.
Yo tenía la insana costumbre de mirar
a través del cristal de las palomas,
y amaba el olor de los periódicos antiguos.

Amigos. Compañeros de pan,
de fruta y sacapuntas.
Ahora comprendo el gesto vago y minucioso
de nuestras gomas de borrar .

Nos damos la mano
con ardor, con impaciencia:
nos duelen estas manos
honestas y frías.

Algo aprendemos, parece,
cuando uno se va
y otro se queda.

Que "algún día nos veremos".
"Perfecto".

Nos marchamos, amigo,
cada uno por su lado conveniente
para buey taciturno,
resignado.

III

JERUSALEN.

Jerusalén
tiene nombre de campana,
Jerusalén
partida en dos como manzana,
mitad para Israel,
mitad para Jordania.

Jerusalén
tiene olor a sangre en sus murallas.
Jerusalén
como una granada,
mitad para Javeh,
la otra mitad musulmana.

Jerusalén
tiene nombre de mujer;
tuvo muerte niña en sus entrañas:
todos los hijos de Israel
bajo la corva guadaña.

“Pero a quien regresa,
oh Jerusalén,
Jehová le besa”,
dijo la voz dispersa
de Sem, Cam y Jafet.

Y por el desierto del Negeb
pasó el agua,
pasó la caravana,
el mercader
y la musulmana.

Jerusalén
en dos mitades de manzana:
una para Israel,
otra para Jordania.

IV

SALUDEMONOS.

Desconocido amigo
de la calle o la escuela
— ¡qué me puede importar de dónde seas,
y qué más da que pienses
cualquier cosa al principio!—
quiero darte la mano y un abrazo,
y luego cada uno que se vaya
donde mejor le cuadre.

Veintiún años:
poco a poco me descubro
la baraja que me dieron.

¿Qué carta
tirar primero?

Lo de mirarse uno mismo
--cara de astuto viajero,
diente de viejo zorro--
por algo que no sabemos.

¡Y tan largo
que se me vuelve este juego!

YO NO SOY...

Yo no soy el viento ni la playa,
ni la ola que brama
ni la mano que implora.

Yo no soy nada:
nada más que esta cédula de identidad
que hasta el más ingenuo policía pone en duda.

No lo digo por mí,
sino por el retrato que me hicieron.

MATE.

Como anciana que se mece
en el fondo del cité,
Dios pasa toda la tarde
solitario con su mate
sobre un eclipse de perros
que se duermen a sus pies.

BLANCA NIEVES.

— ¿Quién es la más hermosa?,
al espejo pregunta Blanca Nieves.

— ¡Yo!, responde su imagen.

Y a Blanca Nieves, envidiosa,
se le quiebra la cara entre sollozos
que en el suelo relumbran.

ESCENA COTIDIANA.

La mosca sobrevuela
en torno del almuerzo.

El hombre se levanta,
matamoscas en mano,
y se le enreda un pie:
voltea ella la mesa,
muere el hombre, aplastado.

Entonces
almuerza la mosca
entre blancos aromas
de zapallo.

RECORDATORIO.

La muerte es algo serio.
“Ahí si que no hay vuelta
que darle”,
dicen algunas madres.

Nunca se sabe,
a cualquiera
puede tocarle.

Mientras tanto,
¡duro a la vida
hay que darle!

FOTOGRAFIA.

Si la vida consiste en poner caras,
pondré unos ojos dulces
y labios sonrientes,
para que Dios, fotógrafo en las nubes,
complete su álbum familiar.

RENUNCIACION.

No.
No iré al Paraíso.

Luz,
me saldrías demasiado cara.

¿Quién cocinará mis platos?
¿Esas radiantes cocineras
de blancos delantales
que obedientes caminan por el cielo?

¿Y el teléfono?
Me gustan las llamadas
de larga distancia.
Me cortarían la comunicación
por pretencioso.

¿Y dónde escribiré?
No creo que existan mesas
como las que hay en mi casa.

Además,
a mí me gustaría
estar siempre buscando a Dios.

No. Decididamente.
El Paraíso es realmente caro.

HUMO.

Sentir en la garganta
resuellos de cigarro,
poco a poco
me vuelve de ceniza.

Con tanta
boca-nada, me desgarró.
¡Pobre loco
tras la brasa enfermiza !

“Fuma-me”, dice
mi delgado amigo;
“mi nombre bendice
y así al fin desvanécete conmigo”.

V

EL MAR.

El mar se ha levantado en pie de guerra.
Sus cañones retumban,
despiertan sus airadas multitudes
al plateado reflejo de las armas.

Con un rumor de siglos, desde lejos
galopan los guerreros:
¡qué estrépito de piedras se despeña!
Vienen glaucos soldados disparando metrallas.
Estruendo de cañones y de lanzas
hoy turba el sueño infame de los hombres.

Un general severo, retundo de metales,
arde allá de impaciencia
arrojando sudor y llamarada.

De noche caerán
a la manera de los hombres.

La ciudad se hundirá como una lenta nave.

VI

JUVENTUD DE UN POETA.

(A Miguel Morales Fuentes).

¡Transcurrir de los días
allá en la plaza provincial soleada!
Conversar con las niñas,
y pensar que sus labios se me daban
en la espuma, al colmarse mi vaso de cerveza.

Ir por el mundo pedaleando
en una bicicleta con dos enormes ruedas
que giraban, giraban
como tiempos redondos.

Quería ser cartero,
y conocer las casas de la Tierra,
pero todas, recuerdo.
Algún día, partir en una nave,
y a lo menos, amar a una sirena.

¡Transcurrir de los días,
y el olor de las siestas semanales!

Fuí dueño de un oficio en sórdidas bodegas.
Era el mundo, a las siete de la tarde,
el mundo iluminado
por pedales de vieja bicicleta.

Entonces la cerveza,
el desbordante beso de las niñas,
la boca me salaban
como resaca lenta
de un viaje que empezaba.

ISADORA.

Isadora Duncan baila
en un café de París,
y un soldado arroja
la primera granada del catorce.

Aún se disputan la Tierra los hombres,
y renacen
sordos clamores imperiales.

Con buen ojo el fabricante
arroja al mercado soldados de plomo,
y el cielo se puebla de pájaros extraños,
y se incendia el mar en artificios.

En Siberia cae la nieve sobre los zares,
y el mundo se asombra en los periódicos,
y las dueñas de casa recuerdan a Penélope.

Los hijos de Isadora
van por el Sena durmiendo,
y ella recuerda a su madre
que naufraga en las artesas
de algún suburbio de Nueva York.

Isadora danza descalza
con el último príncipe de Italia.
Isadora baila con el pueblo,
y el pobre señor Singer, amo de sastres y modistas,
rompe nuevamente los cristales de su casa,
y los invitados huyen despavoridos al aeropuerto.
El hombre admite en los estrados

que la paz es negociable.
Pero ya la Tierra echó a rodar
su cauce decidido.
Ya la rueda enzarza el cuello
majestuoso de Isadora:
el último galán ya se la lleva,
y le ha puesto rojo beso en la bufanda.

Allá va gloriosa la granada
a socavar la arena.
A Isadora la esperan
sus hijos en el Sena;
los muertos de la guerra;
Esenin, el poeta.
Allá Nueva York erige sus piedras
entre heráldicas humaredas.
Pero Isadora baila en las trincheras,
¡Isadora Duncan está danzando por toda la tierra!

FRAGMENTO DE UN DIARIO

El crepúsculo y toda su pompa
/ ya no me conmueven;
el lenguaje de los pájaros me parece indescifrable
—además, sé que no cantan para el hombre—;
detesto al sol cuando se afiebra;
prosigo blanco,
y mis brazos se estiran como un lienzo
en la gimnasia cotidiana;
tengo un desorden monumental en la cabeza,
porque sé, de razón no vive el hombre,
sino de sed, de hambre y de locura.

Tantas palomas negras:
huelen a chimeneas;
perros lamen veredas;
yo, en medio, como un trompo,
olvidado del ansia primeriza
de abrazar al crepúsculo en su fuga.

Tanta frente de bruces,
y aunque a veces yo cante cualquier tarde
de improviso en las calles celebrando
el acontecimiento de mis pies que caminan
y caminan,
siempre vuelvo a esta burda indiferencia,
a este clavar los ojos en el suelo
respirando un cigarro
como un murciélago quizá.

Así alzo la mirada solamente
si la noche se cierne
silenciosa y abierta,
y tiemblan los espacios como gran arboleda
encendida de grillos,
y parece que algo va a nacer.
Entonces, sólo entonces,
alegra el respirar.

EL IDOLO

Cuando las liceanas de París, de Roma
/ o de Santiago
se arracimaban cimarreras
bajo el rubio portal de los cinematógrafos,
y los pechos les temblaban como granadas
en manos de púberes soldados;
cuando las tristes mujeres que poblaban
las cocinas de Europa
soñaban con su nombre,
sólo la Muerte, más galante,
logró entrar esa mañana
para besar en la boca dulcemente a quien dormía
bajo la luz enferma de los reflectores.

Y las niñas se arrojaron
desde los balcones de Roma, Santiago
/ o Nueva York
como delgadas plumas solitarias
que iniciaron su vuelo a otras regiones
donde *no* el engaño, donde *no* la ilusión.

CONFESIONES.

Soy bestia umbilical, delgada y andariega,
con un aire de pájaro en la calle.

Atado a los semáforos
por ley irrevocable.

Suelo ser atacado por mis hábitos
y por los vendedores ambulantes
que me auscultan la cara
de bar destartalado y decadente.

Amo a la ciudad más que a nadie:
las calles y edificios,
noches pobladas de mamíferos
domésticos y astutos, que transitan por bares,
y beben, y comen, y se ríen, y se ríen, y se mueren.

Soy bestia siempre en celo,
pájaro individual, enfermo.

Confiado ciegamente en mis zapatos,
no me pierdo un detalle
de lo que está pasando, que es muy grave.

Me entristecen los hombres, me deprimen
sus orejas, sus dientes, y las blandas
extremidades; las ojeras;
y los rostros desérticos, tortuosos;
bigotes, anteojos, pelos, anillos, monedas;
cigarros defendidos
contra viento y marea; el fraudulento

pudor de las camisas;
y el orgullo, ese orgullo inconcebible...

Sobre todos,
los hombres que van solos por el mundo,
unánimes espaldas, hombros, rabia.

¡Voltrear los autobuses, y tocarles
la oreja a los absurdos transeúntes,
saber de abuelas suyas y de hermanas,
y de la fecha atroz en que nacieron!

Cordialmente aborrezco
a los hombres de gafas, que saludan
suficientes, constreñidos,
con una mano blanda, lisa, como de nieve,
y se vuelven, y *mueren*
de cara ante el periódico;
a todos los que pasan
las horas entre muslos y aguardientes
perpetuando la fiesta de este mundo.

Extraña la ciudad cuando parece
no haber nadie, ni voces de Zutano o de Mengano,
cuando una sombra inmensa, resollando
se descuelga de muros, y se manda cambiar,
de una vez por todas, hacia un patio sin hambre;
aunque haya transeúntes
con ojos de paloma y pecho duro,
y algunos que se tienden en las calles

con un olor a muertos
y a padre avejentado por sus sueños.

Ninguna novedad hoy en la tarde.
La ciudad y su curso inevitable.
Yo, bestia umbilical, pájaro enfermo,
he de seguir de noche
atado al parpadear de los semáforos,
a la misma ciudad donde parece
que ya no habita nadie.

HABITOS.

Esta vieja costumbre en consecuencia
de amanecer cansado cada día
con la cara de siempre, el mismo aspecto
—cordero estupefacto, ¡no hay derecho!—,
la liturgia congénita de mirarme al espejo:
descubrirme in fraganti con peineta y dentrífico
—no asienta esa conducta en mansa bestia—;
conciencia de estar vivo y respirando
—con qué objeto, qué sabes—, y otras cosas
que, por último, ahora no tolero:
la plena autonomía de mis gestos
y la fidelidad de mis zapatos.

DELACION.

Un hombre de dudoso y triste aspecto
atraviesa los bares
con soledad naviera y de naufragio
irremediable,
hombre de *sin embargo*, de *pero* y con pañuelo,
ciudadano honorable y bien peinado,
pero triste, más triste que un domingo en una plaza,
más triste que un cigarro *y sin embargo*
empecinado en su costumbre
de viajar por las orillas
más desiertas de la noche,
recogiendo rumores de siglos y semanas,
rumor de los oficios y las germinaciones,
mientras cae a su mesa un vino amigo
que se entrega alegre y dócil a sus venas
con toda la tristeza de un domingo.

LA PACIENCIA.

Ya se me está agotando la paciencia;
los días pasan:
nada.

Inconcebible
que nos alimentemos cada día de gestos
y en nuestro desayuno no conste ningún beso.

Cada uno se rasca la cabeza,
resuelve sus problemas:
sentados a la mesa
reímos a la fuerza.

Ya se me está agotando la paciencia;
lo más grave: no sé qué haré sin ella.
He sido caballero, corredor y poeta:
nada vale la pena.
Así no se prospera.
La fiesta sigue igual.

Ya se me está agotando la paciencia.
De muerte natural ya nadie muere.
La muerte no soporta diferencias.

Inconcebible:
la Tierra sigue dando vueltas,
el mundo se enamora y envejece;
inconcebible:
la Tierra sigue, sigue dando vueltas,
y yo ¡que no termine de perder la paciencia!

BIOGRAFIA ANONIMA.

Soy un oscuro ciudadano
abandonado en medio de las calles
por el cuchillo sin pan del mediodía,
despojado y marchito
como el reloj de las iglesias,
sin otro oficio que vagar entre disfraces.

Soy el familiar venido a menos,
enraizado a las tabernas
y a la complicidad del bandolero.
Mi voz naufraga en los cristales de las tiendas,
y he perdido la vista en los periódicos,
pero tengo los pies bien puestos sobre la tierra
y una almohada que vuela por los hospitales
y por los dormitorios del oscuro hogar de nadie.
Tengo una celda amable en las comisarías,
y suelo bailar a hurtadillas bajo la noche
con mi camisa blanca
y mi corbata deshojada.

Soy un oscuro ciudadano
extraviado por el mundo:
voy cogiendo colillas de cigarros,
y canto en los tranvías,
y me peino hacia atrás, valientemente,
para mostrar mi noble frente anónima
en los baños públicos y en los circos de mi barrio.

Soy un oscuro habitante; no soy nadie;
en nada me distingo de algún otro ciudadano;
tengo abuelas y parientes que se han ido

y una espalda ancha que socava
la pared amiga de las cervecerías.

Soy una ola entre todas las olas,
una ola que se levanta
a las seis de la mañana
porque ya no puede
oler el polvo de su casa,
una ola que se alza, alborozada
hacia las playas
para un retorno interminable al centro de las cosas
donde las olas todas
se empujan mutuamente
estériles y solas.

Porque yo no soy digno de mi semen,
Señor, yo no soy nadie;
estoy en medio de las calles
girando como un organillero
con mi camisa gastada, inamovible,
mirándome la punta del zapato
por si alguien quiere darme
una moneda que no quiero,
aunque nadie me ha visto pasar
esta tarde ni nunca,
porque nunca soy alguien,
ni siquiera un oscuro ciudadano
resucitado por el hambre.

HASTA CUANDO...

¿Con qué faz iba yo a almorzar hoy día?
El mismo sol, su risa,
los pájaros sonoros sin remedio.

Hasta cuándo —me digo—
iremos a seguir enamorándonos;
hasta cuándo
los zapatos
tan amigos;
hasta cuándo
nos vamos a lavar
los mismos dientes;
¿para quién?

La taza de café, los mismos gestos
roedores,
y la vejez primaria
que entra por sus fueros.

El mismo sol, los pájaros sonoros,
el no querer ser nada uno — ¡hombre!—,
sólo el viento — ¡qué falta de ambiciones!—;
y esto de arremangarse la camisa
junto al vaso de vino,
almorzador puntual de alguna pena.

CIUDADANO

No sé de donde viene mi costumbre
de agravarme a las siete de la tarde.
Quizá sólo por ser un transeúnte
sin bigote o pañuelo, sin zapato ni amante.

No sé para qué vivo y por qué muero,
si ha tiempo me dijeron las gitanas
que tendré vida cara con un final de perros:
o sea que no pienso morir como Dios manda.

Conozco bien las piedras de andar, la vista gacha;
recojo los cigarros que pueblan las cunetas
agradeciendo todo en mis andanzas
de oscuros pies de barro y de madera.

Si yo fuera un cantor como soñaba,
me iría por el mundo cantando mis desdichas
para vivir del canto mío y que me escucharan
los que sueñan con una risa limpia.

Pero no tengo voz, ni pañuelo, ni amante;
no sé por qué me vuelvo amigo de los perros
cuando soy un transeúnte de la tarde
sin saber por qué vivo y por qué muero.

INDICE

Notas preliminares de Alberto Rubio. 7

Pórtico

Semblanza 19

I

Gozo. 23

Monedas 25

Visitas. 27

Sur 29

Eternidad. 31

Las Nubes 33

Un Domingo. 35

Mi Hora. 37

II

Muchacho 41

Ansiedad 43

Surtidor. 45

Distancia 47

Cualidad 49

Retorno. 51

III

Jerusalén 55

IV

Saludémonos	59
Naipe	61
Yo no soy	63
Mate	65
Blanca Nieves	67
Escena Cotidiana	69
Recordatorio	71
Fotografía	73
Renunciación	75
Humo	77

V

El Mar	81
------------------	----

VI

Juventud de un poeta	85
Isadora	87
Fragmento de un diario	89
El Idolo	91
Confesiones	93
Hábitos	97
Delación	99
La Paciencia	101
Biografía Anónima	103
Hasta cuándo	107
Ciudadano	109

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Ediciones Minga
el 27 de Agosto de 1983
con un tiraje de
500 ejemplares.